

Nahuán y el fuego oscuro

José Gonzáles de la Lama

Ilustraciones: Christian Vargas

loqueleg



La cueva

El amanecer estaba cerca. Los primeros rayos de sol se filtraban tímidos entre las nubes. El ambiente era denso; una fría niebla envolvía todo el valle. Los árboles, negros en su totalidad y cubiertos de un espeso musgo, parecían tan viejos como el mismo tiempo: en ellos no se notaba vida. Ningún ruido se escuchaba, ni siquiera el gorjeo de las aves. El silencio y aquel lugar inspiraban un profundo temor. Un grupo de hombres avanzaba por el sendero a paso lento, pues el miedo hacía que sus piernas se hicieran más pesadas. A pesar de ello, intentaban caminar más aprisa; no querían que la mañana los sorprendiera, no sabían qué les podía sobrevenir.

De repente, a lo lejos, divisaron una especie de túnel formado por árboles frondosos.

—Es por allí —dijo el más viejo del grupo.

Todos miraron con espanto hacia el lugar que señalaba.

De pronto, un árbol se derrumbó y el ruido hizo que los hombres se asustaran y corrieran.
10 Solo algunos, los más avezados, se quedaron.

—¡La niña!, ¿dónde está? —gritó el viejo.

Los hombres buscaron con la mirada y encontraron a la joven, una pequeña criatura que apenas llegaba a los quince años. Había intentado huir, mas las amarras en sus manos y el cansancio habían hecho que se tropezara.

—¡Rápido, agárrenla!

La joven intentó ponerse de pie y escapar nuevamente, pero fue inútil: los hombres la habían aprisionado una vez más.

—Déjenme ir, por favor —lloraba la infeliz.

Pero sus súplicas se ahogaron en la inmensidad de la selva y en aquellos fríos ojos del viejo, que las silenció con una bofetada.

